

# DOS NATURALEZAS MUERTAS DE CARREÑO

ao 1937

Cabe preguntar a veces, sin el menor intento revisionista ni pedante, sobre la misión verdadera de la crítica de arte y de su empeño por ordenar el desbordamiento actual de valores. Hecha esta pequeña confesión, preguntémosnos también con sincera desnudez, ¿de qué medios puede valerse el crítico para llevar al ánimo de los pocos entendidos la totalidad de la emoción estética de una obra de arte? Lo cierto es que el comentarista dogmático se asigna la tarea complementaria de interpretar o recrear lo que el pintor sabe expresar muy exactamente, apoyado en los recursos de su oficio, en su sensibilidad, en su cultura plástica.

La pintura de nuestros días, la llamada de espíritu nuevo, ha planteado, al tratar de captar la totalidad de su época, un sin número de problemas. Han surgido distintas escuelas, excesivas modalidades. Diríase que todas ellas forman un arca donde han de con-

vivir en clima conveniente sus epígonos, sinceros y falsos, buenos y malos, hasta que pase el diluvio. Nos encontramos ahora en un momento de calma y sosiego. Alguien ha aconsejado el retorno al orden, la vuelta a la forma, un poco abandonada, diluída, si se quiere. ¿Qué nuevo mito impulsará a semejante aventura en estos instantes de transición y de angustia, en que no se ausulta con claridad el pulso de la época que le toca vivir al artista?

El propio Picasso parece fatigado. Pinta su última obra sobre la tragedia española con recuerdos de la experiencia cubista y surrealista, con residuos de estos movimientos póstumos que ya han hecho crisis. Con razón se ha dicho que las excesivas escuelas y tendencias provocarían la ausencia del espíritu creador, el desconcierto general, por último.

Nosotros contamos ya con supervivientes, con hombres aplanados por esta honda fatiga. Artistas

FOTO GOMEZ, MEX.



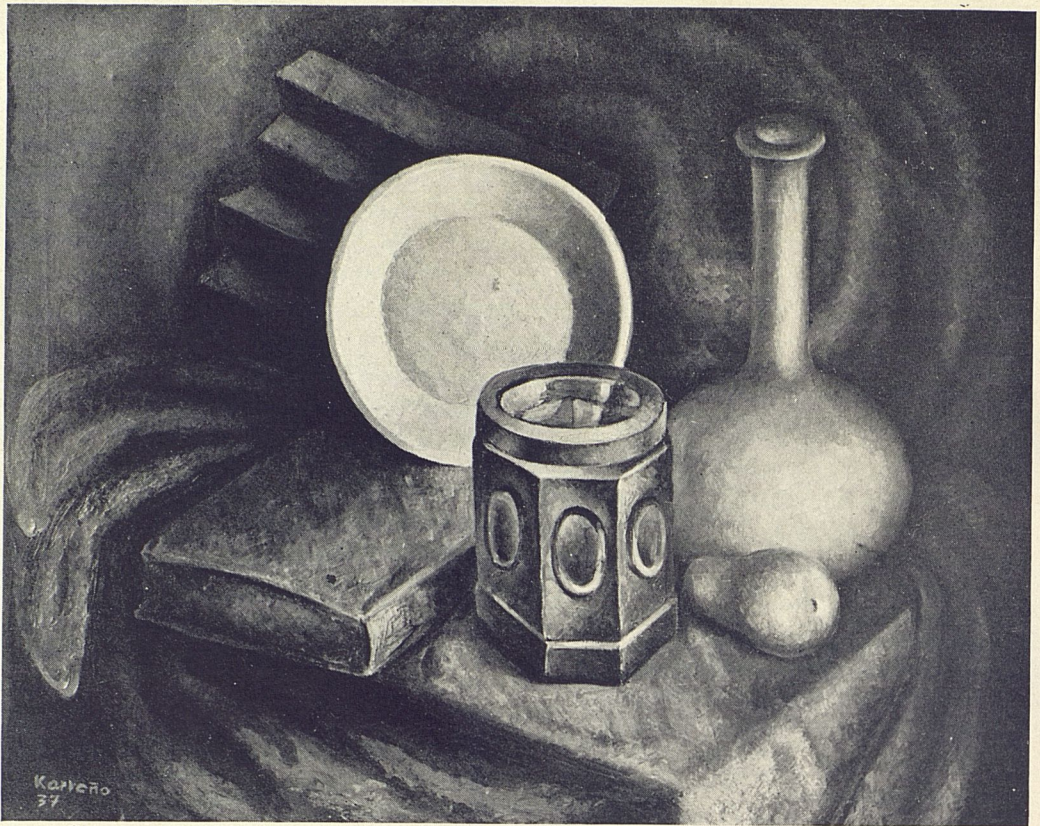


FOTO GOMEZ, MEX.

de talento, sin salvación posible, que se nutren de sus propias entrañas. Pintores deseosos de arrojarse por la ventana de su estudio antes de disponerse a hacer añicos el espejo que no acusa la más mínima variedad de su máscara conocida. Si aceptamos estos precedentes, nos parece de todo punto imposible, pues, que exista crítica cuando el creador quiebra su línea evolutiva y obliga a repetir lo ya dicho y sabido de su obra. Cada pintor quiere tomar, movido de orgullo individual, el camino de la posible salvación. Ensayan trasponer los límites transitados de las últimas modalidades pictóricas por medios más formales, y procedimientos que mejoran la calidad y la riqueza cromática.

Estos materiales exigen nuevas técnicas, reclaman otras maneras de pintar. Los bodegones, que reproducimos muy gustosamente aquí, pertenecen a nuestro Carreño y han sido realizados al duco. Este joven pintor reside, desde hace tiempo, en México. Nos envía ahora, para su publicación, las fotos de sus últimas telas, que dejan entrever este apresurado y

urgente retorno a la forma de que hablamos. Para su intento, le basta rodearse de los utensilios más al alcance de sus manos, más nobles y cotidianos. Primitivos cacharros de línea sensual, porcelanas, objetos decorativos populares y frutas frescas, húmedas aún, de los mercados indígenas. No quiere ofrecernos de momento un conjunto novedoso de motivos plásticos. Opta por darnos una lección de pureza y honradez, de simple dificultad. Contra lo novedoso pasajero opone lo nuevo permanente. Arranca con austeridad, no del ingenio poético asimilado de fuentes ya exhaustas, sino de la más elemental y serena realización pictórica. Se interesa porque su pintura sea pintura a secas, esto es, que no incluya elementos impuros, extrapictóricos, que desvirtúen su más claro destino. Contamos desde hoy con un pintor de buena formación que se exige, que se impone voluntariamente la tortura de la disciplina, que se supera por momentos en la soledad de su estudio. Desde allí nos ofrece Carreño este mensaje, esta sobria y severa obra de arte. Queda avisado el lector.

RAMÓN GUIRAO